

Sí, San Ildefonso fue más que un semillero de funcionarios para la burocracia civil y eclesiástica; fue, sobre todo, el modelo que conduciría a sentar las bases estructurales de las nuevas instituciones de educación pública superior en el siglo XIX. Por eso, el estudio de la etapa elegida por la autora resultaba necesario para entender tan profundos cambios. Los pasos dados con este trabajo son invaluable y, desde mi punto de vista, se suman a los esfuerzos realizados por otros historiadores, sobre otros colegios de diversas regiones de la Nueva España, que están aportando estudios que, sin duda, permitirán en el futuro realizar análisis comparativos que logren explicar cabalmente las importantes transformaciones que experimentaron estas instituciones en el tránsito de la colonia al México independiente.

Rosalina Ríos Zúñiga

*Universidad Nacional Autónoma de México*

JOSÉ ANTONIO SERRANO ORTEGA (coord.), *La guerra de independencia en el obispado de Michoacán*, Zamora, Gobierno del Estado de Michoacán y El Colegio de Michoacán, 2010, 282 pp. ISBN 978-607-7764-33-5

El libro que entrega como obsequio cada año el Gobierno del Estado de Michoacán y que lo produce El Colegio de Michoacán es muy esperado. Suman 18 los tomos de esta colección anteriores al que se comenta. Son resultado de otros tantos proyectos temáticos relacionados con la historia y la diversidad cultural michoacanas, abordados entre varios autores y coordinados por un experto, para ser difundidos con sencillez y bellamente ilustrados en formatos grandes y con pastas duras. Sin embargo, este libro es más lujoso que los anteriores por haber elegido

el tema a propósito del bicentenario del comienzo de la guerra por la independencia. Lo coordinó José Antonio Serrano, quien plantó desde hace una década uno de los más sólidos proyectos sobre su estudio entre los que conviven en la academia. Así, los 1 000 ejemplares aparecieron en fina piel, labrada la portada y adornados con un sello metálico del tamaño de mi puño: las Armas y Gran Sello de la República Mexicana, el escudo ideado en Puruarán en 1815. El libro se presentó en septiembre de 2010 en Morelia, antes Valladolid, la bella capital que mudó su nombre después de consumarse la independencia en homenaje a Morelos y que, desde entonces, como toda la entidad, ha rendido un culto especial a las conmemoraciones insurgentes relacionadas con este proceso: casi sobra decir que fue uno de sus grandes escenarios. Pero viene al caso, porque ya se mencionaba desde el siglo XVII que por allá se producían ates e historiadores. La expectativa debía ser mayor porque este libro llegaría a estudiosos y curiosos de por sí cultivadores del tema.

El cometido era entender las razones y las consecuencias de la independencia, revisar este proceso con una sana distancia académica y ponerlo al día lejos de esa narrativa heroica esencialmente centrada en los próceres y los procesos insurgentes, que comenzó a superarse desde finales del siglo XX en general y en Michoacán. Ir con un gran angular a donde aparecieran por igual los insurgentes que el gobierno virreinal y el ejército realista, los ayuntamientos y las juntas de arbitrios de las subdelegaciones, o bien los hombres que siguieron las posibilidades del liberalismo gauditano o los que animaron el movimiento trigarante. El reto era crear hilos de una trama capaz de ofrecer una explicación mucho más completa y compleja de los hechos para considerar algo muy concreto: la dinámica militar, política y social de los contendientes en esta guerra, en un espacio que alcanzó gran unidad y homogeneidad territoriales antes de 1810. Para el propósito, este volumen necesitaba ser más abarcador que los anteriores de esta

colección dedicada a Michoacán tal como lo conocemos hoy. Así, el proyecto se expandió para cubrir el histórico obispado de Michoacán, un acierto que facilita un nivel de análisis que no se tenía por la combinación de tres historias regionales más que unidas material, cultural y espiritualmente; también para ejercitarnos en la lectura comparada de este proceso militar y político en esos espacios vinculados: las intendencias de Guanajuato, San Luis Potosí y Valladolid de Michoacán, en las que se dividió civilmente el obispado desde 1786. Estamos frente a un libro cuya estructura se equilibra entre dos pesos: el de tres textos estructurales sobre la cultura espiritual y material del obispado de Michoacán con énfasis en el período colonial tardío, seguidos por tres textos coyunturales sobre las experiencias de la independencia potosina, guanajuatense y michoacana, en los que podemos seguir sus transformaciones hasta proclamarse la independencia (los análisis comienzan en 1808 y llegan rigurosamente a 1821). Están bien separados por un relato que divide en cuatro las etapas de la guerra.

El libro comienza con dos estudios sobre este obispado que levantó Vasco de Quiroga, en crecimiento desde 1538 y hasta 1770-1789, fechas, las últimas, de sus dos desmembraciones religiosas para beneficiar, primero, al obispado de Nuevo Santander y luego al de Guadalajara (con la cesión de dos importantes partidos diezmatarios aparte de la antigua alcaldía mayor de Colima). A esos últimos años también corresponde la secularización de las parroquias, es decir, la fragmentación de las enormes provincias michoacanas de los franciscanos y de los agustinos (antes, juntos atendieron la mitad de ellas) para dejar casi todas bajo la dirección del clero secular. Así comenzaba a deshacerse la gran unidad religiosa que era el Gran Michoacán antes de las reformas borbónicas, y, si se suman las modificaciones políticas que trajo la sustitución de las alcaldías mayores y corregimientos por las subdelegaciones en que se dividieron las intendencias,

más la última división jurisdiccional del virreinato, la militar, el obispado también se encontraba en una tremenda transformación espacial unas décadas antes de la independencia que completará con ella. Eso acontecía sin alterarse su unidad cultural y religiosa, una espiritualidad compartida por la sociedad donde aparecen en el centro la Iglesia michoacana como fuente emanadora de esta identidad, y los hombres formados en su seno, dirigiendo el proceso de la independencia en su bipolaridad de posturas. De ese espacio diocesano fuertemente consolidado que se impuso en el despliegue de la guerra, Alberto Carrillo Cázares analiza su gobierno espiritual, entre 1758 y 1810, e introduce la diferencia de la Iglesia michoacana con los otros obispados de la Nueva España al comenzar el conflicto. El de Michoacán se lleva las palmas, abunda Carlos Herrejón Peredo, comenzando con el número de caudillos, resultado de una combinación de factores donde deben apuntarse desde la expulsión de los jesuitas hasta el episcopado progresista de Antonio de San Miguel y su deán Manuel Abad y Queipo. La acción del clero secular y regular contribuyó a esta integración cultural y educativa a partir de los seminarios, conventos y colegios, cuna de sacerdotes y religiosos, de profesionales y militares que recibieron una formación intelectual sostenida por ideas de libertad y conciencia social. De ver cómo se consolidaron los colegios entre 1770 y 1821, pasa a la circulación de textos e ideas que tienen una movilidad y difusión no constreñida a los linderos territoriales y después a las biografías de los nacidos desde mediados de siglo hasta la década de 1780. Ahora bien, a esa articulación espiritual corresponde una semejante en la vida material que también se impone en la política y en la guerra. A los ensayos anteriores le sigue el de Jorge Silva Riquer, un análisis también estructural que nos introduce a la notable posición económica del obispado en el siglo XVIII, probando la potencia de la economía minera, agrícola y comercial en su vital mercado interior, con sus redes económi-

cas e integraciones regionales y una cultura tan empresarial como ranchera e indígena. De esta consolidación de poder económico surge la necesidad de la participación de los productores y los empresarios regionales en el ámbito político y en el proceso armado, como una búsqueda de reconocimiento semejante al que ya tenían en lo económico. De allí que se concluya que, para lograrlo, los empresarios más prominentes entraron a los procesos representativos que se iniciaron con la crisis de la monarquía y propiamente a la guerra. Si hubiera en esta parte un acercamiento semejante dedicado a las cuestiones sociales (por qué no desde las rebeliones de 1766 y 1767 en las tres regiones) hubiera sido perfecto. Los grupos sociales que “vivían y convivían” y la confección también popular del movimiento se mencionan en muchas partes del libro, pero ya en la guerra.

“Michoacán: el obispado en llamas” se titula el ensayo de Juan Ortiz Escamilla que separa las dos secciones del libro. Ofrece una perspectiva abarcadora del conflicto armado mediante un análisis sobre la ingeniería de la guerra que hace partir, por un lado, de la presencia inédita de un ejército borbónico en cada una de las intendencias por las necesidades defensivas del imperio, y por el otro, del gran estallido social por la independencia que dota de vida a los ejércitos insurgentes desde septiembre de 1810. En este ensayo se despliegan las rutas militares, las estrategias, recursos, victorias, abusos, tanto de insurgentes como de realistas en cada una de las cuatro etapas en que propone la cronología de la guerra: la de 1816-1820 exigía particularmente ser entendida. También se explican tanto los errores y dificultades de los insurgentes como el conflicto entre absolutistas y autonomistas a la vuelta del rey, además de la eficacia que tuvieron en este proceso Calleja e Iturbide, con sus planes militares y políticos respectivos de contención de la insurgencia y proclamación de la independencia.

Así, en los siguientes ensayos regionales es posible valorar la experiencia de la independencia como un acercamiento. El or-

den de los artículos viene de norte a sur (primero San Luis Potosí, luego Guanajuato y al final Michoacán) pero yo me decidí por colocar el último antes que los otros en esta sugerencia de lectura. Preferí entrar a la guerra directamente en el corazón de ese espacio diocesano que, en los asuntos de pertenencia al obispado, en los primeros ensayos se explicó con conceptos como identidad y cultura espirituales. También porque ofrecer primero esta nueva mirada sobre la guerra y la política de los insurgentes en donde los autores fueron más propositivos enriquece la lectura de los otros textos. Moisés Guzmán Pérez demuestra cómo en la parte propiamente michoacana fue donde mejor se concretó el proyecto de independencia, la declaración y fundamentación de sus consecuentes instituciones republicanas. Si comienza con las primeras acciones en la ciudad de Valladolid, pronto avanza hacia la institucionalización del movimiento insurgente y su riqueza intelectual después de la muerte de los primeros jefes: pensemos en la Constitución de Apatzingán. No por ello olvida razonar sobre sus divisiones y debilitamiento militar, ni descuida a los otros actores principales, además del intendente en este escenario, a los realistas y a los trigarantes. Una experiencia regional altamente contrastante con la de San Luis Potosí, que en su proceso particular de consolidación espacial resuelve tensiones territoriales y se renueva con la experiencia liberal gaditana. Graciela Bernal Ruiz, desde el título, anuncia que va a hablar de un campo realista con presencia insurgente no menos propositivo. Qué importantes son estos años, nos dice, para la consolidación de un territorio propio, proceso que comenzó con la creación de la intendencia y con la solicitud, desde 1792, de la creación de un obispado en San Luis Potosí. Siendo realista (la capital fue tomada un breve tiempo por los insurgentes) también soportó el costo de la guerra y con la guerra ganó su integración aunque no del todo, si consideramos los intentos independentistas de la Huasteca. En el oriente que llamaba a una salida al mar la presen-

cia de los dos bandos fue constante y allá se declaró la independencia antes que en la capital potosina. Ahora bien, los procesos militares y políticos de Michoacán y San Luis también ofrecen contraste con la experiencia guanajuatense. El estudio a cargo de José Antonio Serrano explica dos claras etapas de preeminencia, insurgente y realista respectivamente, mientras que el cambio se refleja mejor en la transformación de las instituciones municipales y en el relevo de los grupos sociales dominantes. El análisis es fino tanto de la sociedad que comenzó la guerra como de los soportes guanajuatenses a Hidalgo, del fortalecimiento y debilitamiento de los siguientes jefes militares insurgentes y del proceder de las instituciones urbanas en la parte más urbana de la Nueva España. A partir de 1814 la balanza empezó a inclinarse por los realistas; hay elementos suficientes para responder a la pregunta de cómo acabaron ganando éstos y dominando el terreno Agustín de Iturbide.

Para aquellos que esperaban quedarse con algo conclusivo sobre nuestro proceso emancipador justamente ahora, el libro lleva este aporte de utilidad, pues se presta a que los lectores emprendan un balance personal, entrecruzando, si se quiere, los argumentos de unos autores que son generosos con ellos. En el orden del libro, por ejemplo, correspondieron las líneas finales de su último ensayo a Guzmán Pérez. Al dejarnos con Iturbide entrando en mayo de 1821 a la ciudad de Valladolid, que también le vio nacer, hace suya una apreciación de Carlos Juárez Nieto que pudiera parecernos críptica: “La oligarquía vallisoletana y su sector más representativo, el cabildo catedral y el llamado ‘clan Huarte’, fueron los beneficiados directos de la independencia”. Los Huarte eran la familia política de Iturbide, mientras que esa oligarquía representada en la catedral bien puede hacernos entender la destrucción y decadencia del obispado que ya viene anunciada desde el primero de los ensayos. En efecto, Alberto Carrillo ofrece un breve epílogo sobre la ca-

pital fantasma y el obispado de la posguerra: sus enormes heridas y una sede vacante hasta la llegada del obispo Gómez de Portugal en 1831. Sin embargo, el ensayo que cumple con este propósito es el texto intermedio de Juan Ortiz, pues engloba con sus etapas nuevamente los procesos regionales y vuelve a ese espacio ante todo histórico: diocesano, cultural y económico que se impuso en las estrategias militares de los contendientes. Sus líneas finales concluyen sopesando las enormes destrucciones materiales y pérdidas humanas, las de miles y miles de gente sencilla y los mejores hombres de estas generaciones, a cambio de instituciones modernas de gobierno, de libertad política e igualdad social ante la ley.

Este libro, con una buena proporción entre los textos y las imágenes amplificadoras del contexto seleccionadas por María Eugenia Terrones y Aída Bravo, con supervisión y diseño editoriales de Patricia Delgado y Guadalupe Lemus, cumple su misión difusora de conocimientos recientes en atención a la colección de la que forma parte pero admite otros niveles de lectura para especialistas. Ya que puede complacer por igual tanto a los interesados en la historia de la independencia como a los conocedores de ella, merece ser conocido de una manera más amplia para que lleguen ejemplares suficientes también a Guanajuato y a San Luis Potosí. Conviene que se reimprima en una edición rústica de otros miles de ejemplares. Como estado de la cuestión y por sus proposiciones de historiografía se perfila como una lectura de obligación introductoria para derivar comparativamente nuevos temas y pensar en otros, de cara a una década de estudios entre hoy y la fecha bicentennial de la proclamación de la independencia, en 2021.

Marta Terán

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*